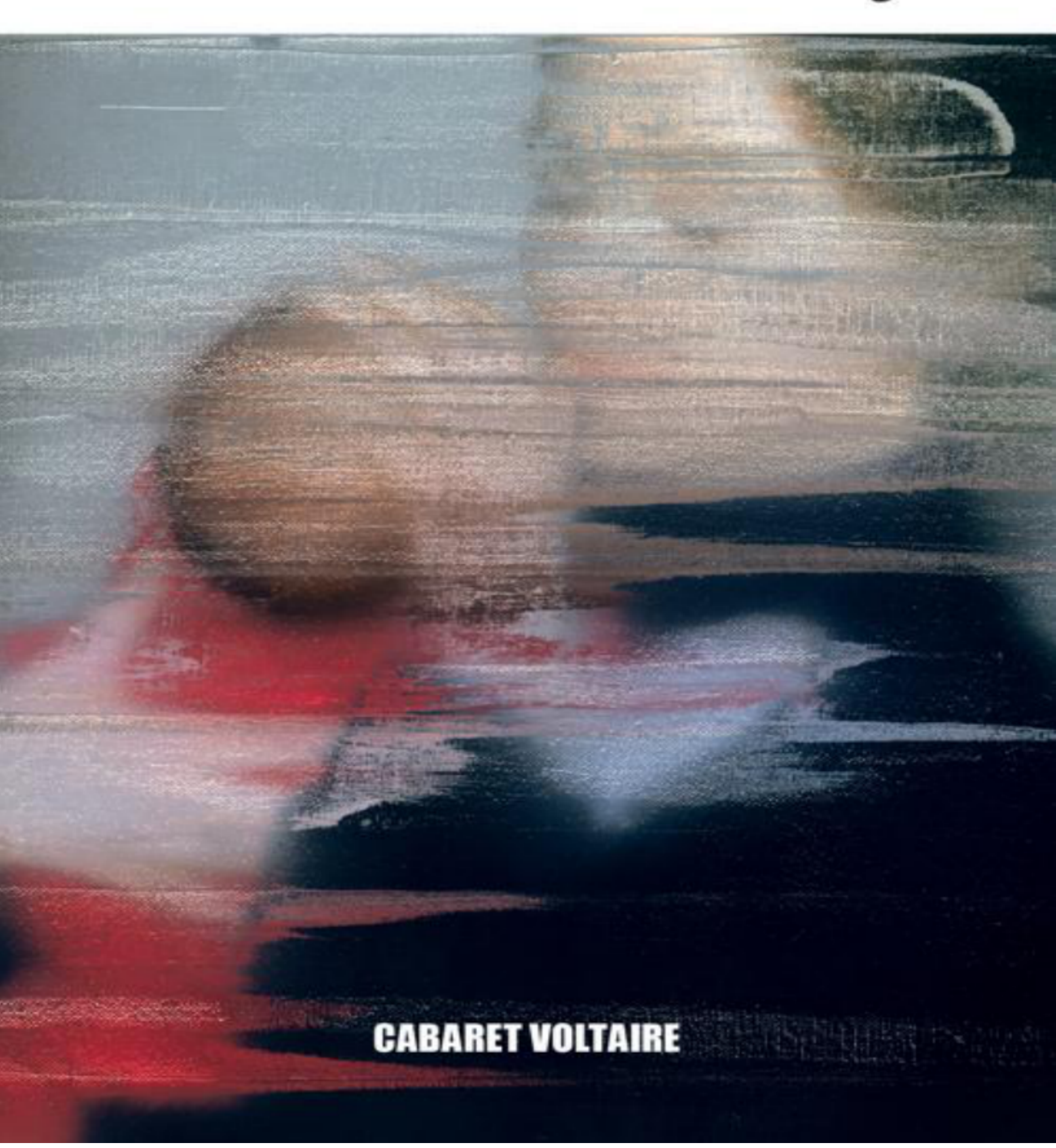
Annie Ernaux

La otra hija



LA OTRA HIJA

ANNIE ERNAUX

ANNIE ERNAUX

Premio Nobel de Literatura 2022

LA OTRA HIJA

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE
2023

PRIMERA EDICIÓN *noviembre* 2023
TÍTULO ORIGINAL *L'autre filie*
Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es www.cabaretvoltaire.es

BIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-21-2
Producción del ePub: booqlab
Dirección y Diseño de la Colección

MIGUEL LAZARO GARCIA

JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA
FOTOGRAFÍAS
Cubierta: S. *mit Kind,* 1995 © Gerhard Richter Interior: páginas 23 y 82 © derechos reservados, páginas 19, 41, 59. y 74. © colección personal de la autora

LA OTRA HIJA

La maldición de los niños es que creen.

FLANNERY O'CONNOR
Los violentos lo arrebatan

Es una foto color sepia, ovalada, pegada al cartón amarillento de una carpetilla, muestra a un bebé posando de tres cuartos en unos cojines festoneados, superpuestos. Lleva una camisola bordada, cerrada con una amplia presilla sobre la que va anudado un gran lazo por detrás de los hombros, como una gruesa flor o las alas de una mariposa gigante. Un bebé larguirucho, descarnado, cuyas piernas, separadas, avanzan estirándose hacia el borde de la mesa. Bajo su cabello castaño, recogido en un único rizo sobre su frente abombada, abre los ojos de par en par con una intensidad casi devoradora. Sus brazos, extendidos igual que los de una pepona, parecen agitarse. Se diría que va a dar un brinco. Al pie de la foto, la firma del fotógrafo —M. Ridel, Lillebonne—, cuyas iniciales entrelazadas adornan también la esquina superior izquierda de la carpetilla, muy sucia, con las tapas medio sueltas.

De pequeña, creía —debieron de decírmelo— que era yo. No soy yo, eres tú.

Sin embargo, había otra foto mía, tomada por el mismo fotógrafo, en la misma mesa, con el cabello castaño recogido también en un solo rizo, pero ahí se me veía rolliza, con los ojos hundidos en una carita redonda y una mano entre los muslos. Recuerdo que entonces me intrigó la diferencia, patente, entre ambas fotos.

Para Todos los Santos, voy al cementerio de Yvetot a poner flores en las dos tumbas. La de los padres y la tuya. De un año para otro, se me olvida la ubicación exacta, pero me oriento gracias a la cruz alta y muy blanca, visible desde la alameda central, que corona tu tumba, junto a la de ellos. Deposito en cada una un crisantemo de distinto color, a veces en la tuya un helecho, cuya maceta hundo en la gravilla de la jardinera excavada adrede al pie de la losa.

No sé si se piensa mucho ante las tumbas. Frente a la de los padres, me quedo un momento. Es como si les dijera «aquí estoy» y les mostrara en qué me he convertido un año después, lo que he hecho, escrito, lo que espero escribir. Después paso a la tuya, a la derecha, miro la lápida, siempre leo la inscripción en caracteres dorados, demasiado relucientes, rehechos burdamente en los años noventa por encima de los viejos, más pequeños y ya ilegibles. Por iniciativa propia, el marmolista suprimió la mitad de la inscripción original,

optando por dejar debajo de tu apellido y tu nombre esta única mención, seguramente porque le pareció primordial: «Fallecida el Jueves Santo de 1938». Eso fue lo que me sorprendió la primera vez que vi tu tumba. Como la prueba, grabada en piedra, de la elección de Dios y de tu santidad. Llevo veinticinco años viniendo a visitar las tumbas y a ti nunca tengo nada que decirte.

Según el registro civil, eres mi hermana. Llevas el mismo patronímico que yo, mi apellido de soltera, «Duchesne». En el libro de familia de los padres, casi despedazado, en la rúbrica Nacimiento y Fallecimiento de los Hijos del Matrimonio, figuramos la una seguida de la otra. Tú, arriba, con dos sellos del ayuntamiento de Lillebonne (departamento del Sena Inferior); yo, con uno solo —la casilla de mi defunción aparecerá en otro libro de familia oficial, el que da fe de mi reproducción de una familia, con otro apellido.

Pero tú no eres mi hermana, nunca lo fuiste. No hemos jugado, comido, dormido juntas. Nunca te toqué, nunca te besé. No sé de qué color tienes los ojos. Nunca te he visto. No tienes cuerpo ni voz, solo eres una imagen plana en unas cuantas fotos en blanco y negro. No conservo ningún recuerdo de ti. Llevabas dos años y medio muerta cuando nací yo. Tú eres la criatura del cielo, la niñita invisible de la que nunca se habla, la ausente de todas las conversaciones. El secreto.

Siempre has estado muerta. Ya muerta, entraste en mi vida en el verano de mis diez años. Naciste y moriste en un relato, como Bonny, la hijita de Scarlett y de Rhett en *Lo que el viento se llevó*.

La escena del relato transcurre durante las vacaciones de 1950, el último verano lleno de juegos de la mañana a la noche entre primas, algunas chicas del barrio y las veraneantes de vacaciones en Yvetot. Jugábamos a las tiendas, a los adultos, fabricábamos casas en las numerosas dependencias del patio del bar-tienda de mis padres, con botelleros, cajas de cartón y trapos viejos. Cantábamos por turnos, de pie en los columpios, «Molinero, molinero, no vengas de noche a verme» y «Ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde», como en los concursos radiofónicos. Nos escapábamos para ir a coger moras. Los padres nos prohibían andar con chicos so pretexto de que ellos preferían los juegos brutales. Por la noche nos despedíamos más sucias que el palo de un gallinero. Yo me lavaba brazos y piernas feliz, pensando en volver a empezar al día siguiente.

Un año después, las chicas se desperdigarán, o se enfadarán, y yo me aburriré y me dedicaré solo a leer.

Me gustaría poder seguir describiendo aquellas vacaciones, alargar la cosa. Hacer el relato de este relato supondrá acabar con las vivencias borrosas, será como revelar un carrete de fotos conservado en un armario desde hace sesenta años y nunca positivado.

Es domingo, cae la tarde, al principio del camino estrecho que limita con la parte trasera del bar-tienda de los padres está la Rué de l'École, así llamada por el parvulario privado que hubo allí a principios de siglo, junto al jardincillo de rosas y dalias protegido por una alta alambrada paralela a un múrete situado sobre un talud de malas hierbas. Desde hace un rato indeterminado, mi madre mantiene una animada conversación con una joven de Le Havre que pasa las vacaciones con su hija de cuatro años en casa de sus suegros, los S., que se encuentra en la misma Rué de l'École, unos diez metros más allá. Seguramente ha salido de la tienda, que en esa época está siempre abierta, para charlar con su dienta. Juego junto a ellas con la cría, que se llama Mireille, al pillapilla. No sé qué fue lo que me alertó, quizá la voz de mi madre, repentinamente más baja. Me puse a escuchar, como si se me hubiera cortado la respiración.



Yo, septiembre de 1949; en el jardín, Yvetot.

No puedo restituir el relato, pero el contenido y las frases que han atravesado todos estos años hasta hoy se propagaron en un instante por toda mi vida de niña como una llama muda y fría, mientras seguía bailando y correteando a su alrededor con la cabeza gacha para no despertar sospechas.

[Aquí me parece que las palabras desgarran una zona crepuscular, me atrapan y es el fin.]

Cuenta que tuvieron otra hija además de mí y que se murió de difteria a los seis años, antes de la guerra, en Lillebonne. Describe el tejido muerto acumulado en la garganta, la asfixia. Dice: «Murió como una pequeña santa»

reproduce las palabras que le dijiste antes de morir: «Voy a ir a ver a la Virgen Santa y al Buen Jesús»

dice «mi marido se volvió loco» cuando te vio muerta al volver de su trabajo en las refinerías de Port-Jéróme

dice «no es lo mismo perder a tu pareja»

dice de mí «ella no sabe nada, no hemos querido apenarla»

al final, dice de ti «era más buena que esa»

Esa soy yo.

La escena del relato no se ha movido un ápice, como una foto. Veo el lugar exacto que ocupaban las dos mujeres en la calle, la una frente a la otra. Mi madre, con su bata blanca, enjugándose las lágrimas de vez en cuando con el pañuelo. La silueta de la joven, más elegante que las dientas habituales, con un vestido claro, el cabello recogido hacia atrás en un moño bajo y el rostro suavemente ovalado. (Debido a esa selección espontánea que efectúa la memoria entre la multitud de los seres encontrados para juntarlos por parejas, a la manera de las figuras de un juego de cartas, la confundo ahora con la directora —que vestía de blanco y beis— de un campamento de verano donde fui monitora, en Ymare, cerca de Rouen, en 1959, y cuyo animal totémico era la hormiga.)

La realidad de la escena me viene acreditada, más que nada, por una especie de alucinación corporal, me *siento* corriendo en círculos alrededor de las dos mujeres, *veo* el empedrado de la Rué de l'École —

que no se asfaltará hasta los años ochenta—, el talud, la alambrada, la luz debilitándose, como si hubiera que absorber todo el decorado del mundo para soportar lo que sucede.



Rué de l'École, Yvetot.

No puedo datar con exactitud ese domingo de verano, pero siempre lo he ubicado en el mes de agosto. Hace veinticinco años, al leer el *Diario* de Pavese, descubrí que se había suicidado en una habitación de hotel en Turín el 27 de agosto de 1950. Lo verifiqué enseguida, caía en domingo. Desde entonces, pienso que se trata del mismo día.

Me alejo de esa fecha de año en año, pero es una ilusión. No hay tiempo entre tú y yo. Hay palabras que nunca han cambiado.

Buena. Creo que yo ya sabía entonces que esa palabra no podía aplicarse a mí por los calificativos que los padres me atribuían cotidianamente, según mi comportamiento: *intrépida, sucia coqueta, tragona, señorita sabelotodo, tocanarices, endiablada*. Pero sus reproches

me resbalaban porque tenía la certeza de que me querían, lo probaban sus constantes cuidados y sus regalos. Hija única, mimada por ser única, siempre la primera de la clase sin esforzarme, sentía, en resumidas cuentas, que tenía derecho a ser lo que era.

Buena tampoco lo era a los ojos de Dios, como me dio a entender de forma categórica el padre B. en mi primera confesión, a los siete años, cuando revelé haber cometido «malas acciones sola y con otras personas», hoy en día muestra de un despertar normal a la sexualidad y, según él, falta que me condenaba al infierno. Como también me confirmará un día la directora del internado, clavándome su mirada exaltada, «se puede tener un diez en todas las asignaturas y no agradar a Dios». Yo no mostraba ningún interés por las cosas de la religión. No me gustaba Dios, me daba miedo, pero nadie se lo imaginaba, me limitaba a permanecer indolente, silenciosa, cuando ella me susurraba al oído en la iglesia, arrodillada ante la luz roja, «rézale bien a Jesús», conminación que yo sentía como una puerilidad indigna de la madre todopoderosa que era.

Buena quería decir también afectuosa, cariñosa, «amistosa», como se decía en normando de niños y perros. Distante con los adultos, prefiriendo observarlos y escucharlos que besarlos, no pasaba por tal. Pero con ellos dos sí creía serlo, más aún que otros niños, incluso.

Sesenta años después, sigo tropezando con esa palabra, intentando aclarar los significados con respecto a ti, a ellos, pero entonces su significado me resultó fulgurante de inmediato, desplazándome en un segundo. Entre ellos y yo ahora estás tú, invisible, adorada. Me siento apartada, relegada para dejarte sitio. Arrinconada en la sombra mientras tú flotas ahí arriba, en la luz eterna. Comparada, yo, la incomparable, la hija única. La realidad es una cuestión de palabras, un sistema de exclusiones. Más/ Menos. O/Y. Antes/Después. Ser o no ser. La vida o la muerte.

Entre mi madre y yo, dos palabras. Se las hice pagar caro. Escribí contra ella. Para ella. En su lugar, ese lugar de obrera orgullosa y humillada. *Más buena*, me pregunto si no fue ella la que no me dio derecho a serlo, o incluso si me conminó a no serlo, a no ser buena. Aquel domingo no descubro mi negrura, la negrura se convierte en mi esencia. El día del relato es el día del juicio.

A los veintidós años, después de tener una riña con ellos en la mesa, escribo en mi diario: «¿Por qué, desde siempre, tengo ganas de hacer daño y, sin embargo, siempre sufro?».

Nada de lo que sucede en la infancia tiene nombre. No sé lo que sentía, pero no estaba triste. Algo parecido a «estafada», pero esa palabra, ligada a mi lectura de Beauvoir muchos años después, me parece irreal, sin peso, poco apropiada para esa niña que era yo. Después de buscar mucho tiempo, la palabra que me parece más justa e irrefutable es «embaucada». Embaucada en el sentido popular del término, mortificada. Había vivido en un mundo de ilusión. Yo no era única. Había otra, surgida de la nada. Así que todo el amor que creía estar recibiendo era falso.

Me parece recordar que estaba resentida contigo por haber dicho que ibas a ver a la Virgen Santa y al Buen Jesús. Palabras que dejaban en evidencia mi total indignidad, puesto que nunca habrían franqueado mis labios, puesto que yo no quería ver a Dios. Después, de adulta, estaba resentida con ella, rabiosa incluso, por haberte hecho creer en semejantes pamplinas. Ahora ya no siento rencor, acepto la idea de que todo consuelo —una oración, una canción— puede servir en el momento de bascular hacia la nada y prefiero pensar que te fuiste feliz.

Según mi prima G., fue C., otra prima, quien, uno o dos años antes, me reveló tu existencia y tu muerte. No me cuesta nada imaginármela, ufana por ser la primera en contarme lo que ignoraba yo, exactamente como recuerdo que lo estaba al instruirme sobre los secretos del sexo, que, al ser tres años mayor que yo, ya conocía. Pero no guardo ningún recuerdo de ello. El sol uniforme de las vacaciones se extiende sobre aquel momento perdido. Quizá me resistía a creer en tu existencia y preferí suprimirla.

[¿Acaso estoy escribiéndote para resucitarte y poder matarte de nuevo?]

Me pregunto si no estás ya ahí esa tarde de verano que sitúo un año o dos antes del relato. Estoy en el jardín y escribo una narración, la historia de una niña de vacaciones en una granja que muere accidentalmente aplastada por una «meda», como se llama en el norte a los almiares erigidos en los campos después de la cosecha. Se la doy a leer a mi padre, que se maravilla de mis capacidades ante los clientes del bar —exageradamente, para mi gusto—. También a ella, pero no recuerdo su reacción.

Puede que también estés presente en ese sueño que tenía despierta de manera persistente entre los cinco y los diez años: estoy acostada en una cuna adornada con velos rosas, en compañía de una pequeña refugiada de Le Havre en Lillebonne en 1944, mi compañera de juegos

preferida en el parque, con la que volvía a encontrarme, entusiasmada, con ocasión de la comilona que nuestros padres organizaban cada año. Nos veo a ambas en la cuna, pegadas la una a la otra como dos muñecas con los ojos abiertos. Era la imagen de la felicidad perfecta. (Al escribir sobre mi madre, en 1986, lo llamaré «el sueño rosa», pero no figurará en el libro porque no estaba segura del significado, muy estereotipado, que le daba entonces, el de una nostalgia del estado uterino.)

Y, naturalmente, debiste de rondar a mi alrededor, rodearme con tu ausencia en el rumor algodonoso que envuelve los primeros años en este mundo. En los relatos contados a otras mujeres, en la tienda, en los bancos del parque adonde, cuando faltaban el género y las dientas, me llevaba ella, cada tarde, durante la guerra. Pero no dejaron ninguna huella en mi conciencia. Se quedaron sin imágenes y sin palabras.

Solo quedó en mi memoria ese relato que no debía escuchar, que no me estaba destinado, dirigido a esa joven elegante que la atendía sin duda con la fascinación de la desgracia temida para una misma. El único relato verdadero, ese con sus palabras y su voz, su voz *autorizada* porque ella estaba *allí* y porque era la más fuerte de la pareja, la que, de ellos dos—lo entendí aquel día—, soportaría la muerte del otro. Un relato cerrado, definitivo, inalterable, que te hace vivir y morir como una santa, como Teresa de Lisieux, cuya foto inmensa, enmarcada y colgada en la pared, domina el cuarto. El relato único —nunca habrá ningún otro— que inaugura para mí el mundo donde existes, muerta y santa. El relato que profiere la verdad y que me excluye.

Pensándolo bien, ¿cómo es posible que, consciente de mi presencia, puesto que me nombra, se ponga a hablar de ti? La explicación psicoanalítica —mediante una jugarreta de su inconsciente, mi madre habría encontrado así el medio de revelarme el secreto de tu existencia y yo habría sido la destinataria real del relato— es, como de costumbre, tentadora. Pero dicha explicación ignora la historia de las mentalidades. En los años cincuenta, los adultos creían que los niños carecíamos de oídos y que podían hablar de todo delante de nosotros sin problema, con la sola excepción de las cuestiones relativas al sexo, únicamente objeto de alusiones. Y de esto, algo de lo que estoy segura por haber escuchado después esos relatos mortuorios confiados de mujer a mujer en el tren, en la peluquería o tomando un café en la cocina, que eran una especie de *memento morí*

donde el dolor se explaya y se comparte precisando todas las circunstancias y enumerando todos los detalles: en cuanto empezó a hablar de ti, fue incapaz de parar, tuvo que contarlo todo, porque encontraba en la narración de tu muerte a esa joven madre, que la escuchaba por primera vez, el consuelo de una forma de resurrección.

Hay otra historia.

Mis fotos de bebé rollizo y de chiquilla regordeta son engañosas. A los diez años, en el momento del relato de tu muerte, tengo ya un considerable pasado de niña delicada, víctima de dolencias insólitas, de accidentes que se detallan delante de mí y que me distinguen de los otros niños banalmente aquejados de sarampión y varicela —que también contraigo y que me duran más que a los demás—, algo entre la maldición y la bendición. Enseguida se me tuercen las cosas. Con pocos meses, una fiebre aftosa —caso rarísimo de transmisión de la vaca a un humano por la leche del biberón—; luego, cuando empezaba a andar, una dienta de la tienda me descubrió una cojera que me obligó a permanecer inmovilizada con una escayola durante medio año. Una caída a los cuatro años sobre un casco de botella, en el pequeño patio detrás de la casa, que me partió el labio en dos —ella decía, levantando el índice, que *me habría cabido un dedo*— y me dejó una cicatriz hipertrófica. Además, una miopía que aumentaba sin parar y unos dientes todos cariados ya.

En esta enumeración falta lo esencial. A los cinco años casi me muero, y hay otro relato. De ese soy yo la protagonista. Es un relato que ya me sé de memoria el domingo de verano en el que apareces en mi existencia de niña. Ella, mi madre, lo ha contado tantas veces en mi presencia, sin esconderse, más a menudo que mi padre —son las mujeres quienes llevan el registro de las infancias—, siempre con desenfado, porque suscita invariablemente el estupor incrédulo y la admiración maravillada de quienes lo escuchan.

En agosto de 1945, en el parque de Lillebonne, me hice una herida en la rodilla con un clavo oxidado. Varios días después, al ver mi cansancio anómalo, mi nuca rígida y mi dificultad para abrir la boca, decidieron llamar al médico. Se trataba de un novato. Después de examinarme, se quedó callado y luego dijo: «Espero equivocarme, voy a buscar a un colega». Era el tétanos. Ni ella ni él sabían lo que era, nunca habían oído hablar de eso. Los médicos me inyectaron dosis masivas de suero antitetánico y dijeron: «Si no afloja las mandíbulas de aquí a la noche, está perdida». Entonces ella me dio de beber agua de Lourdes introduciéndomela entre los dientes apretados. Mi boca se reabrió. Al año siguiente, como acción de gracias, ella fue a Lourdes, viajando toda una noche en un tren de banquetas de madera, con una lata de sardinas por único alimento a causa de las restricciones, e hizo

el viacrucis de rodillas, en la montaña. Me trajo una muñeca que caminaba sola y a la que le pusimos de nombre Bernadette.

Sin duda a causa de la reiteración del relato, enseguida retuve las imágenes de aquel momento, que no recuerdo haber vivido con gran espanto; mucho menos, en cualquier caso, que los bombardeos. Me parece estar viendo el parque soleado, corro hacia mis padres porque me he hecho daño trepando a un banco con los listones sueltos, ellos están tumbados en la hierba, les enseño un agujerito enrojecido por debajo de la rodilla izquierda y dicen: «No es nada, ve a jugar»

estoy en una tumbona en la cocina, no juego, mi prima C. está de vacaciones en nuestra casa, después de comer se sube a la mesa y se pone a cantar «Me casó mi madre chiquita y bonita», me siento celosa

veo imágenes confusas de un jaleo, de idas y venidas alrededor de mi tumbona

estoy en mi camita pegada a la suya, ella se inclina hacia mí más tarde, otro día, sin duda, un chorro de sangre me inunda la boca, hay mucha gente en el cuarto y ella grita que hay que tumbarme y ponerme una llave en la espalda para detener la hemorragia

parece que esté viendo a Bernadette, la muñeca rígida que no podíamos sentar, vestida de azul

El orden de los dos relatos, el mío y el tuyo, va al revés que el del tiempo, que el paso del tiempo. Es un orden en el que estuve a punto de morir antes de que tú murieras. Estoy segura de ello: aquel domingo del verano de 1950, cuando oigo el relato de tu muerte, no imagino nada, recuerdo. *Veo*, con una precisión sin duda mucho mayor que ahora, la habitación de Lillebonne; su cama, paralela a la ventana; la mía, de palo de rosa, justo al lado. TE VEO ACOSTADA EN MI LUGAR Y SOY YO LAQUE MUERO.

Leo en un diccionario Larousse de 1949: «Una vez declarado, el tétanos es casi siempre mortal. No obstante, se han citado casos de curación por administración de suero antitetánico en dosis elevadas y repetidas». No se menciona la existencia de la vacuna. En Internet me entero de que, sin embargo, era obligatoria desde 1940 para todos los niños, pero que «su puesta en circulación solo se hizo efectiva después de 1945».

Creo haber estado convencida desde siempre de la superioridad del suero sobre el agua de Lourdes, omitiéndola las pocas veces que he evocado este episodio de mi infancia; por ejemplo, en 1964, a un

estudiante de Medicina, en su habitación de la Rué Bouquet, en Rouen, cuando me habló de sus guardias en el hospital y de los enfermos aquejados de tétanos que morían en medio de un sufrimiento tremendo. Me vinieron entonces a la memoria las palabras horribles de mi madre: «Antes los asfixiaban entre dos colchones».

De las preguntas que nunca me he hecho: ¿por qué no te dieron a ti agua de Lourdes? ¿O quizá sí, pero no funcionó?

Suero o agua bendita, qué más da. Lourdes, La Salette, Lisieux, Fátima, se vivía creyendo en la posibilidad del milagro, continuamente presente en las palabras de los sacerdotes y de las monjas del internado, en las publicaciones católicas que se vendían en la iglesia, por entonces *Le Pèlerin, La Croix*, hasta «la pequeña Marie», hija de «Brigitte» —figura ideal de la mujer en la colección epónima y gran *best-seller*—, se había curado de su minusvalía en el agua de la gruta.

La realidad no penetra en las creencias de la infancia. En 1950, yo vivía inmersa en esa, en la del milagro. Quizá siga viviendo igual. Y solo cuenta lo que el primer relato, el de mi muerte anunciada y mi resurrección, ha hecho al segundo, el de tu muerte y mi indignidad. Cómo se han reunido. Qué verdades activas han construido. Puesto que tuve que arreglármelas con esa misteriosa incoherencia: tú, la buena, la pequeña santa, no te salvaste; yo, el demonio en persona, estaba viva. Más que viva, milagrosamente viva.

Así que tenías que morir a los seis años para que yo llegara al mundo y me salvara.

Orgullo y culpabilidad por haber sido, con un propósito indescifrable, escogida para vivir. Quizá más orgullosa que culpable por ser una superviviente. Pero escogida para hacer qué exactamente. A los veinte años, después de mi descenso a los infiernos de la bulimia y de la sangre menstrual interrumpida, me vino una respuesta a la cabeza: para escribir. En mi cuarto, en casa de los padres, puse en la pared esta frase de Claudel, cuidadosamente copiada en un folio con los bordes quemados con un mechero, como un pacto satánico: «Sí, creo que no he venido al mundo en vano, que había en mí algo necesario, imprescindible».

No escribo porque estés muerta. Tú estás muerta para que yo escriba, he ahíla gran diferencia.

Solo tengo seis fotos tuyas que me dieron las primas: unas después de la inhumación de mi madre; otras, hace muy poco. No conocía más

que dos, conservadas por mi madre en un cajón de su armario y que desaparecieron hacia 1980, de las que sin duda se deshizo ella en uno de esos impulsos destructivos suyos, signos precursores de su alzhéimer.



Mi hermana, 1937.

En esas fotos, menos en la tuya de bebé, debes de tener entre

cuatro y seis años. Seguramente se tomaron con la cámara que decían haber ganado en la feria antes de la guerra y que conservarán hasta finales de los años cincuenta; yo la utilicé a menudo. Casi siempre bajas la cabeza haciendo muecas y te proteges los ojos con el brazo como si te molestara la luz, como si no pudieras soportarla. En una carta reciente, mi prima G., que también se percató, deducía: «No parece gustarse demasiado».

El comentario me perturba muchísimo. ¿Eras feliz? Nunca me planteé en tu caso la pregunta de si eras dichosa o no, como si fuera absurda, ofensiva, referida a una niña muerta. Como si el sufrimiento de ellos por tu pérdida, su añoranza de tu bondad, esas pruebas de su amor, constituyeran la garantía de tu felicidad. En virtud de la creencia de que ser amado hace feliz, tú lo eras, forzosamente. Las santas son dichosas. Puede que tú no lo fueras.

Horror y culpabilidad al sorprender en mí ese pensamiento bárbaro según el cual era evidente que no estabas hecha para la vida, que tu muerte estaba programada en el ordenador del universo y solo fuiste enviada a la tierra, como escribía Bossuet, para «hacer bulto». Vergüenza por sentir resurgir en mí la creencia de que tú tenías que morir, que tenías que ser sacrificada para que yo llegara al mundo.

No hubo predestinación. Solo una epidemia de difteria, y tú no estabas vacunada. Según Wikipedia, la vacuna se hizo obligatoria el 25 de noviembre de 1938. Tú moriste siete meses antes.

Dos hijas, una muerta y otra que estuvo a punto de morir. Mientras vivió, mi madre, que era la vida misma en toda su exuberancia, me pareció portadora de muerte. Atraída por ella y atrayéndola. Hasta los catorce o quince años, creía vagamente que ella me dejaría morir como te dejó morir a ti. O bien que se dejaría morir a propósito, una especie de castigo general que incluiría a mi padre, como indicaba su «ya veréis cuando yo ya no esté aquí» en los días de gran enfado (pero puede que fuera una amenaza de abandono, de dejarnos para irse a vivir a otro lugar). En el barrio, venían a buscarla para los moribundos y el aseo de los difuntos. Acudía corriendo y volvía en un estado extraño en el que yo creía entrever cierta satisfacción. De una joven muerta de tuberculosis, declaró: «Con ese paño envolviéndole la cabeza parecía santa Teresa de Lisieux». Cuando tuve que operarme de la cadera, con cuarenta y cinco años, pensé que no me despertaría de la anestesia, que moriría antes que ella: *iba a enterrarnos a todos*; a ti, a mi padre y ahora a mí.

En un dibujo de Reiser, se ve a un hombre de espaldas que lleva a un niño de la mano por un puente largo y estrecho, sin pretil, sobre un abismo. Detrás de ellos, a la derecha, el puente se ve roto, abierto al vacío. Frente a ellos, a la izquierda, del lado del niño, una falla idéntica. Al observar las huellas de los pasos —las del adulto, enmarcadas por las de *dos* niños— se entiende que el padre ha precipitado ya a un primer niño al abismo y que está a punto de hacer lo mismo con el segundo un poco más allá, mientras que él seguirá su travesía, tranquilamente, hasta el final. Reiser tituló el dibujo *El puente de los niños perdidos.*

Sin embargo, los hechos desmienten el mito: me abrigaba excesivamente en invierno, al menor catarro mandaba a mi padre a buscar al médico, me llevaba a ver especialistas a Rouen, me pagaba unos tratamientos dentales que se salían de su presupuesto y compraba hígado de ternera y carne roja solo para mí, pero su comentario «nos sales por un ojo de la cara» sonaba como un reproche a mi fragilidad. Mi supervivencia les costaba cara.

Naturalmente, yo la adoraba. Se decía de ella que era una mujer guapa y que yo había «salido» a su familia. Me sentía orgullosa de parecerme a ella. A veces la odiaba y levantaba el puño delante del espejo del armario deseando que se muriera. Escribirte es hablarte de ella sin parar; de ella, la detentora del relato, la enjuiciadora, con quien el combate nunca se detuvo, salvo al final, cuando se sentía tan miserable, tan perdida en su sinrazón que yo no quería que muriera.

Entre ella y yo es una cuestión de palabras.

Desde el principio, soy incapaz de escribir «nuestra madre», «nuestros padres», o de incluirte en el trío del mundo de mi infancia. Ningún posesivo común. [¿Acaso esta imposibilidad es una manera de excluirte, de devolverte la moneda de la exclusión que fue la mía en el relato de aquel domingo de verano?]

Desde la nada despreciable perspectiva del tiempo, no hemos tenido los mismos padres.

Cuanto tú naciste, en 1932, ellos eran jóvenes, llevaban apenas cuatro años casados, unos obreros ambiciosos que se habían endeudado para comprar un comercio el año precedente, en La Vallée, el barrio de las hilaturas de Villebonne. Él seguía trabajando fuera, en una obra en Le Hode; luego, en las refinerías de Port-Jérôme.

Alrededor de ellos, y en ellos, germinaba la esperanza abierta por el Frente Popular. El relato de esos horribles años de miseria y la evocación de las tertulias en su bar hasta las tres de la mañana terminaban siempre con un «pero en aquella época éramos jóvenes».

En una foto que data de antes de la guerra, sin fecha, él la agarra, sonriente, del hombro. Ella lleva un vestido de lunares con un cuello de encaje claro. Un grueso mechón de pelo le cae sobre los ojos. Sigue pareciéndose a la recién casada, desenfadada y rebelde, de 1928. Nunca le he visto ese traje ni ese peinado. Nunca he conocido a la mujer de tus tiempos.

Al principio de los míos, en fotos donde también figuro yo, posiblemente tomadas en la primavera de 1945, aunque sonrían, ya no tienen ese aire juvenil ni despreocupado, sino mortecino. Sus rasgos se ven marcados, pesados. Ella lleva un vestido de rayas que le he visto puesto muchas veces, y el pelo recogido en grandes rulos. Han vivido el Éxodo, la Ocupación, los bombardeos. Han vivido tu muerte. Son padres que han perdido a un hijo.

Estás ahí, entre ellos, invisible. Eres su dolor.

Seguro que te dirían «cuando seas mayor», te enumerarían lo que podrías hacer: aprender a leer, montar en bici, ir sola a la escuela; te dirían «el año que viene», «este verano», «pronto». Una noche, en lugar de futuro, no hubo más que vacío. A mí me dedicaron las mismas palabras. Tuve seis años, siete, diez, te superé. Para ellos ya no había comparación posible. Vagamente pensé que ella me guardaba rencor por dejar de ser una niña, por «convertirme en una jovencita», palabras que pronunció cuando me vino la regla por primera vez con una desmesurada desazón, al borde de la conmoción, tendiéndome un pañito para el periodo.

El relato que sorprendí fue el primero y el último. Nunca me hablaron de ti, ni el uno ni la otra.

No sé cuándo se escondieron tus fotos en el armario, y el libro de familia, guardado en una caja fuerte oxidada, en el desván, donde lo leí —tenía por entonces dieciocho años al menos— un día que me la encontré abierta. Cada semana, por turnos, iban al cementerio en bicicleta a llevar flores del jardín. A veces uno de ellos le preguntaba al otro, discretamente: «¿Has ido al cementerio?». Mucho antes de saber que volverían a Yvetot siete años más tarde, en 1945, allí —donde estaban casi todos los miembros de ambas familias— es donde quisieron inhumarte, no en Lillebonne, sin duda para que todos fueran

a recogerse a menudo ante tu tumba.

Nunca los oí pronunciar tu nombre, del que me enteré por mi prima C. De adolescente me parecía viejo, casi ridículo. Ninguna niña de la escuela se llamaba así. Aún hoy siento cierto malestar, una repugnancia difusa al oírlo. Rara vez lo digo. Como si me estuviera prohibido. Ginette.

Nunca comentaron nada acerca de las cosas que te pertenecieron y que habían conservado.

Me pusieron a dormir en tu camita de palo de rosa hasta los siete años, más o menos. Después me compraron una cama nido y desmontaron la tuya, guardaron en el desván los cuatro tableros, el bastidor de madera y el somier metálico, que solo volvían a sacar cuando había algún niño de paso en la casa. Cuando mi madre se vino a vivir con nosotros a Annecy, trajo la camita junto con el resto de los muebles. La dejé en el sótano, de donde se la llevaron los de la mudanza por equivocación a casa de mis suegros, en la región de Charente, y estos, sin avisarme, la tiraron enseguida, según me declararon entre risas, en el verano de 1971.

Hasta los once años me mandaban a clase con la cartera de tafilete marrón que te habían comprado cuando empezaste la escuela. Un modelo que solo yo usaba, y muy incómodo porque tenía el cierre debajo: al abrirla, debía darle la vuelta de golpe porque, si no, se me caían el plumier y los cuadernos, desparramándose por el suelo. Como siempre la había visto por casa, pensaba que la habían comprado para mí con mucho tiempo de antelación, en previsión de mi primer día de colegio. Debía de tener más de veinte años cuando entendí que la cartera —que ella siempre conservó para archivar papeles— era la tuya.

Encuentro esto escrito en mi diario en agosto de 1992: «De pequeña —¿es este el origen de la escritura?— siempre creí que no era sino el doble de otra que vivía en un lugar distinto. Que tampoco vivía de verdad, que esa vida mía era “la escritura”, la ficción de otra chica. Tengo que profundizar en esto, en esta ausencia de ser o en ese ser ficticio».

Quizá sea ese el objeto de esta falsa carta, las verdaderas solo se

dirigen a los vivos.

Hasta hoy no me había hecho esta pregunta, sin embargo tan sencilla, que no se me había ocurrido antes: ¿por qué nunca los interrogué sobre ti, en ninguna ocasión, ni siquiera de adulta y siendo ya también madre? ¿Por qué nunca les dije que lo sabía? Los cuestionamientos tardíos, íntimos o colectivos, no son sino la revelación de la imposibilidad misma de la pregunta en un momento dado. En los años cincuenta, según una regla implícita, estaba prohibido inquirir a los padres, a los adultos en general, sobre lo que no querían que supiéramos, pero sabíamos. El domingo de verano de mis diez años, cargué con el relato y a la vez con la ley del silencio. Si no querían que estuviera al corriente de tu existencia, eso significaba que no debía preguntar nada. Que debía someterme a su deseo de ignorarte. Me parece que transgredir la ley —pero ni siquiera se me pasó por la imaginación— habría sido algo así como proferir una obscenidad delante de ellos o algo aún peor, y que habría producido una especie de cataclismo y el consiguiente castigo inusitado que asocio hoy a la frase del padre de Kafka a su hijo, tal como la transcribe en su *Carta al padre*, y que copié nada más leerla por primera vez, a los veintidós años, en mi cama de la ciudad universitaria: «Voy a despedazarte como a un pez».

El recuerdo de haberme sentido aterrorizada, a los dieciséis años, en casa de mi tía Marie-Louise, cuando esta, ebria como cada domingo y olvidándose de su obligación de permanecer callada, me dijo «es tu hermana», señalándote en una foto que yo ni siquiera miré, con prisa por pasar a la siguiente, angustiada ante la idea de que él y ella, que se encontraban ahí cerca, hubieran escuchado esas palabras y de repente se dieran cuenta de que yo conocía su secreto.

Mantuvimos la ficción más allá de toda verosimilitud.

En junio de 1967, bajaron el ataúd de mi padre por la fosa abierta justo al lado de tu tumba. Ella y yo hicimos como que no la veíamos. El verano siguiente, de vacaciones en su casa, fui a llevar a la tumba de mi padre unas flores del jardín. No puse en la tuya, puesto que ella no me había dicho nada. Ni siquiera el lugar donde descansas se nombró jamás.

En un momento dado, debieron de darse cuenta —pero cuándo, por qué indicios, nunca lo sabré— de que yo estaba al corriente de tu existencia. Se hacía cada vez más tarde para romper el silencio, el secreto era demasiado viejo. Revelarlo se había vuelto demasiado complicado para ellos. Me parece que yo lo llevaba bien. Los niños conviven mejor de lo que se piensa con los secretos, con lo que creen que no tienen que decir.

Me parece que el silencio nos convenía a ellos y a mí. Me evitaba el peso de la veneración que rodeaba a ciertos niños fallecidos de la familia, con una crueldad inconsciente para los vivos que me indignaba cuando la presenciaba. A mi prima C. su madre no paraba de alabarle a su hermana Monique, muerta a los tres años, que habría sido, según ella, «una belleza». Ellos se prohibieron la posibilidad de erigirte en modelo, de echarme en cara «ella era más buena que tú».

No me apetecía que me hablaran de ti. Quizá esperara que gracias a aquel silencio acabarían por olvidarte. Veo la verificación de esta hipótesis cuando recuerdo la profunda e inexplicable perturbación que sufría cada vez que, de adulta, me tenía que rendir a la evidencia: eras indestructible en ellos.

En 1983, al médico que prueba ante mí su memoria desfalleciente, en medio de sus respuestas absurdas, le espeta ella la única correcta: «He tenido dos hijas». No recuerda su fecha de nacimiento; en su lugar, le dice el año de su muerte, 1938.

En 1965, mi marido y yo vamos a verlos desde Burdeos con nuestro primer hijo de seis meses, al que aún no conocen. Al bajar del coche, él está ahí, loco de felicidad al ver por fin a su nieto, y exclama: «¡La niña ha llegado!». Preferiría no haber oído ese lapsus —de cuyo alcance y belleza soy consciente hoy—. Me desanimaba y me entristecía. Quizá también me horrorizara. No deseaba verte resucitada en mi hijo, resucitada a través de mi cuerpo.

[¿No es una forma de resucitarte libre de todo vínculo de cuerpo y de sangre lo que busco a través de esta carta?]

Ellos también se protegían con su silencio. Te protegían. Te ponían fuera del alcance de mi curiosidad, que los habría destrozado. Te guardaban para ellos, en ellos, como en un tabernáculo cuyo acceso me tenían prohibido. Tú eras algo sagrado para ellos. Lo que los unía más que todo, más allá de sus discusiones y sus peleas continuas. En junio de 1952, él la arrastró hasta el sótano, quería matarla. Me interpuse. No sé si fue por mí o bien por ti, pero no lo hizo. Recuerdo

haber pensado justo después «se ha vuelto loco como cuando murió la otra» y haberle preguntado a ella, entre sollozos, «¿se había puesto así alguna vez?», esperando que me dijera que sí. No me contestó.

No les reprocho nada. Los padres de un hijo muerto no saben lo que produce su dolor en el que está vivo.

Se llevaron a la tumba, uno detrás de otro, la memoria viva de ti, de todo lo que se perdió aquel abril de 1938. Tus primeros pasos, tus juegos, tus miedos y tus odios infantiles, tu primer día de escuela, toda esa prehistoria tuya que la muerte convirtió en algo atroz y que, a la inversa, repitieron hasta la saciedad cuando se trataba de mí. A mi infancia contada, llena de anécdotas, solo le corresponde el vacío de la tuya.

Nunca te imputé el menor defecto, la menor barrabasada infantil, ni ninguna de esas acciones que me valían «correcciones» a la misma edad que tenías tú, como aquel día en que le corté a traición un rizo de la melena a mi prima C. mientras estaba leyendo. Tú eres la imposibilidad misma de toda falta y todo castigo. No tienes ninguno de esos rasgos que caracterizan a los niños de verdad. Como las santas, no tuviste infancia. Nunca te he imaginado como un ser real.

Pero ¿por qué no pregunté, cuando aún estaba a tiempo, a los tíos y a las tías que te conocieron? Denise, la prima que te llevaba cuatro o cinco años, que aparece junto a ti en algunas fotos, y a la que yo no conocía por culpa de una riña antes de la guerra entre mi madre y la suya, murió el año pasado sin que nunca hiciera yo nada por verla. Así pues, yo no quería saber. Quería conservarte tal como te recibí a los diez años. Muerta y pura. Un mito.



Valliquerville (cerca de Yvetot), 1935. De izquierda a derecha: mi padre; *desconocida*; mi abuelo; Henri, el hermano de mi padre; Cécile, la mujer de Henri; Jean, el hijo de Henri; Ginette, mi hermana; *desconocida.*

Me acuerdo de una foto tuya que vi durante mucho tiempo encima de la chimenea condenada del dormitorio de los padres, junto a dos figuras de la Virgen —una traída de un viaje a Lourdes después de mi curación, bañada en una pintura amarilla que la volvía luminosa por la noche; otra, más antigua, de alabastro, con una extraña espiga de trigo en los brazos—. Una foto artística, retocada, encerrada en un marco metálico acristalado. Solo tu cabeza emergía de un fondo nebuloso, azulado, con ese pelo negro cortado a lo Louise Brooks, tus labios oscuros, como pintados, tu piel blanca, que recuerdo ligeramente sonrosada a la altura de las mejillas.

Esa foto perdida es la que me hubiera gustado que figurara en medio de estas páginas. Tu foto de santa, la de mi imaginación. Ninguna de las que conservo. La mera hipótesis de exponer alguna de esas me deja helada, me parece un sacrilegio.

Antes de empezar esta carta, me sentía tranquila con respecto a ti, una tranquilidad que ahora ha quedado reducida a polvo. Cada vez más, a medida que escribo, me da la impresión de que me adentro en un terreno turboso donde no hay nadie, como en los sueños, y que debo franquear, entre cada palabra, un espacio repleto de una materia imprecisa. Es como si no tuviera una lengua para ti, para decirte, como si solo pudiera hablar de ti a partir de la negación, del no-ser continuo. Estás fuera del lenguaje de los sentimientos y de las emociones. Eres el antilenguaje.

No puedo construir un relato sobre ti. El único recuerdo que conservo de ti es el de una escena imaginada en el verano de mis diez años, una escena en la que se confunden la muerta y la salvada. No tengo nada para hacerte existir, aparte de la imagen fija de las fotos, sin movimiento ni voz, puesto que las técnicas para conservar ambos no se habían popularizado aún. De la misma manera que hubo muertos sin fotografía, tú formas parte de las muertas sin grabación de audio ni de vídeo.

Solo existes a través de tu huella sobre la mía. Escribirte no es más que eso, constatar tu ausencia. Describir el legado de tu ausencia. Eres una forma de vacío imposible de colmar con la escritura.

No podía o no quería —ambas posibilidades se fusionan cuando se trata del pasado— entrar en el dolor de ellos. Era anterior a mí, ajeno a mí. Me excluía.

No me gustaba adivinarlo en ella, en su manera vibrante,

desesperada, de entonar en las procesiones el cántico a la Virgen, «un día al cielo iré y la contemplaré, un día la veré», cuyo estribillo, «al cielo iré, al cielo iré», ascendía hasta que se quebraban las voces; ni en los ataques de mutismo de él, con ese aire de pensar bruscamente en otra cosa y su perpetuo miedo al menor de mis retrasos después de salir de clase, del cine o de un paseo en bici, a que me hubiera «pasado algo», a lo que yo replicaba con orgullo y mala fe: «Qué quieres que me pase».

Pero ese dolor de ellos, durante mucho tiempo, lo oí sin identificarlo, lo conocí sin reconocerlo en el quejido ronco de la gata a la que le arrancaban sus cachorros para enterrarlos vivos según la vieja costumbre aldeana, y que un día decidí desenterrar inmediatamente, arrastrando en la empresa a una prima mía que aún se acuerda porque él, que los había sepultado, me propinó la primera y última bofetada que me daría en toda su vida

en el Evangelio según san Mateo, esas palabras del profeta Jeremías: «Un grito se oye en Rama, llanto y lamentos grandes; es Raquel, que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo porque ya no viven»

en la *razón perdida* de Du Périer, a quien Malherbe dirige una estúpida *Consolación* de auténtico patán por la muerte de su hija y que teníamos que aprendernos de memoria en clase con trece años

en el único verso de Chénier que he retenido en mi vida: «Ya vivió Mirto, la joven tarentina»

Yo no vivía en el dolor de ellos, vivía en tu ausencia.

Hasta que no recibí, hace trece años, una carta de un vecino de Lillebonne, un chiquillo en la época de tu muerte, Francis G., no me acerqué a su dolor. En su carta ponía: «Toda la gente de La Vallée, y de otras partes, recuerda a sus padres y a su hermana Ginette, fallecida de difteria a la edad de seis años. Mis primas [Yvette y Jacqueline H.] me contaban que durante ocho días los clientes no se atrevieron a acercarse al bar-tienda. De lo triste que era ver la pena de sus padres. Quizá también por miedo a la terrible enfermedad». Como si hubiera necesitado las palabras de los testigos vivos del acontecimiento para que me invadiera por fin la realidad de su sufrimiento.

Por mucho que recorra la nomenclatura de los sentimientos, no encuentro ninguno que me convenga con respecto a ti, ni de niña ni después. Ni odio, sin sentido puesto que estás muerta, ni ternura, nada

de lo que suscita un ser humano, cercano o lejano, en otro. Una blancura de sentimientos. Una neutralidad a lo sumo ensombrecida por la sospecha de tu presencia innombrable en sus reflexiones a propósito de «la tumba».

O, si no, quizá, un miedo oscuro. De que pudieras vengarte.

No recuerdo haber pensado en ti. La novedad incesante del conocimiento que se me ofrecía, que se le ofrecía a mi hambre de saber, a mi orgullo, ¡el latín!, ¡el álgebra!, las construcciones imaginarias en torno al amor y el sexo me tenían permanentemente ocupada. ¿Qué peso podía tener la imagen sin sustancia de una cría fallecida antes de la guerra en el presente de una adolescente que ni siquiera quería acordarse de ella de niña y que solo soñaba con el futuro? Comparada con todas las cosas buenas que suceden —tener la regla, enamorarse, leer *Una vida* de Maupassant, *Las flores del mal* de Baudelaire—, y con las malas —el domingo de 1952—, o con las que no suceden en el aburrimiento tórpido de las vacaciones de verano en Yvetot, pero sucederán —prometidas por el frío alegre de las mañanas de escuela, las canciones de amor y el aire absorto de las estudiantes al bajar del tren de Rouen el sábado—, tu muerte seguramente no contaba mucho.

Tú tenías seis años para siempre y yo iba avanzando en el mundo más y más, con —a los veinte años encontraré la definición en un poema de Éluard— mi «duro deseo de durar». A ti lo único que te sucedió fue la muerte.

Yo quería vivir. Tenía miedo a las enfermedades, al cáncer. Un verano, con trece años, no dije nada de la ligera cojera que volví a sufrir y la compensé poniéndome papel dentro del zapato, a la altura del tacón, por miedo a que volvieran a escayolarme y me mandaran a Berck-sur-Mer. Quizá haya sacado esa fuerza de ti, de tu muerte y de una supervivencia que me parecía milagrosa. Quizá me hayas dado un excedente de energía, una fiebre de vivir, la misma que sentían en los años sesenta los estudiantes del sanatorio de Saint-Hilaire-du-Touvet, obsesionados, a pesar del descubrimiento de los antibióticos, por las muertes, aún tan recientes, debidas a la tuberculosis, y que me llevó a tomar la decisión —¿una casualidad?— de casarme con uno de ellos, que había titulado su diario íntimo *La agonía.*

Yo era consciente de mis privilegios de hija única, de hija nacida

tras la muerte de otra, objeto de unas atenciones y unos mimos excesivos, fruto de la preocupación. Él quería que yo fuese, ante todo, feliz; ella, *una buena persona*; la suma de sus deseos me procuraba, en el seno de la familia y de nuestro barrio obrero, una existencia envidiable de privilegiada a la que nunca se manda a por pan, que contesta «yo no despacho» a los clientes so pretexto de que tiene que seguir estudiando. Tú eras su pena, yo sabía que era su esperanza, su complicación, sus acontecimientos, de la primera comunión a la reválida superior, su éxito. Yo era su porvenir.

A veces calculaba la edad que habrías tenido —aproximadamente, porque durante mucho tiempo ignoré la fecha exacta de tu nacimiento — con tus ocho o diez años más que yo. La diferencia era infinita. Tenía que imaginarte siendo una joven ya mayor, igual que las que venían a la tienda y me trataban como a una cría, sin darme ninguna importancia. No echaba de menos a una hermana parecida a ellas, que me habría dominado desde la superioridad de su edad, de su pecho, de sus conocimientos y de sus derechos. Contigo no habría compartido nada. La idea de una hermana más joven, incluso recién nacida, como una muñeca viva, me atraía más.

Pero tú y yo estábamos destinadas a ser únicas. La voluntad de ellos de no tener más que un hijo, algo que siempre manifestaban —«no podríamos hacer por dos lo que hacemos por una»—, implicaba tu vida o la mía, no las dos.

Necesité casi treinta años y la escritura de *El lugar* para asociar al fin ambos hechos, que en mi mente permanecían separados uno de otro —tu muerte y la necesidad económica de tener un solo hijo—, y para que la realidad resplandeciese: vine al mundo porque tú habías muerto y yo tenía que sustituirte.

No debo evitar esta pregunta: si no hubiera deseado escribir lo más apegada posible a la realidad en ese libro, *El lugar*, ¿habrías emergido de la noche interior donde te he mantenido tantos años? ¿Acaso has renacido del acto de escribir, de ese descenso, en cada libro, del que no sé de antemano qué saldrá, como este, donde tengo la impresión de ir apartando velos que se multiplican sin cesar en un corredor sin fin?

O, quién sabe, puede que la moda del psicoanálisis me hubiera conducido, de todas formas, y sin darme cuenta, hacia ti, sometiéndome al imperioso precepto de analizar el trasfondo de la escritura hasta dar con el fantasma que, según parece, siempre se esconde ahí, y del que el escritor no sería más que la marioneta. Si así

fuera, tendría que considerarte, en esta carta, como una creación del psicoanálisis, de su empeño en que, en un retorno al primitivismo, nunca escapemos de los muertos.

El «tú» es una trampa. Es sofocante. Además, instaura entre tú y yo una intimidad imaginaria con olor a agravio; si aproxima, es para reprochar. Sutilmente, tiende a hacer de ti la causa de mi ser, a pensar la totalidad de mi existencia a partir de tu desaparición.

Porque es grande la tentación de remontarme hasta ti para explicar algunos de mis esquemas, fundados en un pesaje riguroso de la felicidad y el sufrimiento. Como mi temor de que a todo momento de placer le siga otro de dolor, a todo éxito un castigo desconocido. O, por una inversión del mismo principio de equivalencia, ese cálculo que practico bajo todas sus formas, excepto sexualmente, desde la adolescencia: sufrir para ser feliz u obtener algún éxito. Principio que me condujo en otros tiempos a examinarme de reválida vestida con una vieja falda plisada pasada de moda para poder aprobar, a soportar estoicamente torturas dentales con la esperanza de que gracias a ello recuperaría un amor perdido. Cuando en realidad ese sacrificio que «da resultado» es seguramente una malversación con fines egoístas de la obligación cristiana de ofrendar las penas para salvación de los pecadores.

¿Eres para mí una ficción de la religión cristiana? La *presencia real* de la hostia, que desmenucé con la lengua porque se me había quedado pegada al paladar el día de mi primera comunión, y entonces creí que había cometido pecado mortal, agravando mensualmente mi negrura por el terror a revelar esa falta en confesión, y desembocando así, de comunión indebida en comunión indebida, en la certeza de mi condena eterna.

Aquí no hago sino correr tras una sombra.

En lugar de buscarte en mí, debería buscarte fuera de mí, en esas chicas que me habría gustado ser, esas alumnas de las clases superiores; solo con apuntar aquí sus nombres —Madeleine Tourmente, Françoise Renout, Janine Belleville— vuelvo a ser esa niña de bata azul de nueve o diez años que acechaba en el patio del recreo a esas diosas misteriosas de las que no esperaba ni una mirada, aún menos una palabra. Solo contemplarlas.

O, mejor aún, en las escenas de novelas o de películas y en los

cuadros que me turbaron sin saber por qué, jamás olvidados. Ahí seguramente es donde tengo que ir a buscarte, a ese repertorio personal imaginario, críptico para los demás, para descubrirte mediante un trabajo que nadie puede presumir de hacer en nuestro lugar. Ya sé que eres tú en *Jane Eyre*, metida en la piel de la buena y piadosa Helen Burns, la amiga mayor de Jane en el siniestro internado del señor Broklehurst. Helen, consumida por la tuberculosis, a quien Jane, milagrosamente indemne del tifus que está diezmando a las alumnas, va a visitar una noche a la enfermería. Helen la invita a meterse en la cama con ella.

«—Has llegado a tiempo de decirme adiós. Probablemente será el último.

—¿Es que te vas, Helen? ¿Te llevan a tu casa?

—Sí, a mi casa, a la tumba, a la que será mi última morada.

—¡No, no, Helen!

—Pero ¿qué va a ser de ti, Helen? ¿Acaso sabes adonde vas a ir a parar?

—Sí, lo sé, porque tengo fe. Voy a reunirme con Dios.

—¿Dónde está Dios? ¿Qué es Dios?»

Por la mañana sacan a Jane de la cama, dormida y abrazada a Helen, que ha muerto.



Le Havre, 1937. Mi padre; Denise, una prima (a la izquierda); Ginette, mi hermana (delante).

Tengo ante mí una foto que me envió mi prima C. hace unos veinte años. Sois tres, estáis en una acera, en la esquina de dos calles. Mi padre, alto, sonriente, endomingado, lleva un traje cruzado oscuro y un sombrero en la mano (yo siempre lo vi con boina). Junto a él, una niña, su sobrina Denise, de primera comunión, con un vestido blanco y largo; solo se le ven la cara, enmarcada por el gorro al que va prendido un velo, y los tobillos. Delante de ella, una cría de pelo moreno que le llega a la altura del pecho. Eres tú. Tú también vas toda de blanco, con un vestido de manga corta, sandalias y calcetines bajos. Llevas una melenita de corte cuadrado que te llega por encima de las orejas, con raya en medio y un lazo enganchado a la izquierda; ese peinado forma un arco oscuro, extrañamente perfecto, que te rodea la frente, ancha y abombada. Miras al objetivo sin sonreír, con aire serio. Tu boca es de color rojo oscuro, detalle sorprendente, como lo es también tu gesto: los dedos de ambas manos, muy separados, se tocan por las yemas. A causa de la blancura superpuesta de los vestidos, pareces fundirte con la comulgante, cuyo velo te cubre los hombros. Detrás del grupo, en el muro, un cartel con letras grandes y legibles: *La carestía de la vida — Reforma social y alimentación popular — Subida salarial — Vacaciones pagadas — Las 40 horas*. A los lejos, un edificio alto con el letrero «La Méditerranée», hacia el que se dirigen unas siluetas imprecisas. Los trajes de ceremonia del grupo contrastan con la vaga desolación del lugar, un barrio urbano semiindustrial. La foto se tomó en Le Havre en 1937. Tienes cinco años. Te queda un año de vida.

Miro tu rostro serio, tus dedos separados lúdicamente, tus piernas endebles. En la foto, dejas de ser la sombra maléfica de mi infancia, ya no eres la santa. Eres una niña pequeña extraída brutalmente del tiempo en época de epidemia de difteria, arrancada de la superficie del mundo que, en ese mismo minuto, en ese día preciso, festivo, tenía la forma y la sustancia de una acera ancha con el bordillo de cemento en un barrio popular de Le Havre.

La extensión de mi vida, infinitamente superior a la tuya, me supera. Todo es innombrable detrás de mí: las cosas vistas, oídas, aprendidas y olvidadas, las mujeres y los hombres conocidos, las calles, las noches y las mañanas. Me siento desbordada por la profusión de imágenes.

Muy lejos, pero muy nítidas, las primeras de todas, en Lillebonne:

el bar con el billar, las mesas de mármol, paralelas, las siluetas indistintas de los clientes, excepto las de una pareja sentada a una

mesa, los Foldrain; la mujer no tenía más que dos o tres dientes

la cocina separada de la tienda por una puerta acristalada que daba al pequeño patio pavimentado

el comedor, escaleras arriba, con flores de celulosa negra y naranja mezcladas en una copa sobre la mesa

la perra Poupette, de pelo corto y siempre temblorosa, que mataba las ratas que nos traía el río

la masa marrón de las hilaturas Desgenétais y sus inmensas chimeneas embridadas con aros de hierro

el molino y su rueda verdosa

He puesto estas imágenes en mis libros. Es tan extraño pensar que también han sido las tuyas. Aún más constatar que tú y yo existimos juntas en la memoria de la gente, como me lo muestra este pasaje de la carta de Francis G. en 1997: «Mi prima Yvette me ha contado que, cuando hacía buen tiempo, iba a sacar de paseo a su hermana Ginette por la carretera que conduce a La Trinité-du-Mont. Y Jacqueline se acuerda de cuando la cogía a usted en brazos: "Era muy pequeña, por entonces tenía las dos piernas escayoladas, y la señora Duchesne me insistía en que tuviera muchísimo cuidado"».

Recuerdo vagamente a la gente de Lillebonne que te conoció, cuyos nombres resonaban a tu alrededor: los Meurget, Bordeaux, Vincent, Eude, Tranchant, el padre Leclerc y los propietarios del molino, los Bosch, que tenían un mono de animal de compañía. Oigo los nombres de calles y lugares que tú oíste, adonde yo no he vuelto desde 1945, las calles Césarine y Gou-bert-Mou-lin, La Frenaye, Le Becquet.

Me acuerdo de los abuelos, de los tíos y de las tías, de los primos y de las primas que se acordaban de ti. He escrito sobre ellos.

La una y la otra hemos emergido a la conciencia en el seno del mismo mundo. El calor y el frío, el hambre y la sed, la comida, el tiempo que hace, todo lo que existe ha sido enunciado por nosotras con las mismas voces, los mismos gestos y en el mismo idioma, ese francés que, según me harán saber en la escuela, no es el «bueno«.

Nos han mecido las mismas canciones. La de él era «*Quand tu seras dans la purée, reviens vers moi*» («Cuando estés en el fango, vuelve a mí») de Perchicot; la de ella, *Le Temps des censes* de Clément y Renard, y esa melodía triste, «*C'est l'amour qui flotte dans l'air á la ronde / C'est l'amour qui consolé le pauvre monde*» («Es el amor lo que flota a nuestro alrededor / Es el amor el que consuela a la gente pobre») de Andró Baugé.

Nacimos del mismo cuerpo. Nunca he querido pensarlo realmente.

Me estoy viendo en la cocina, en Lillebonne, es de noche, después de la cena, el bar-tienda está cerrado. Estoy acurrucada contra su pecho, en su regazo, ella entona la canción infantil *Sur le pont du Nord (En el puente del Norte)*, él está sentado frente a ella.

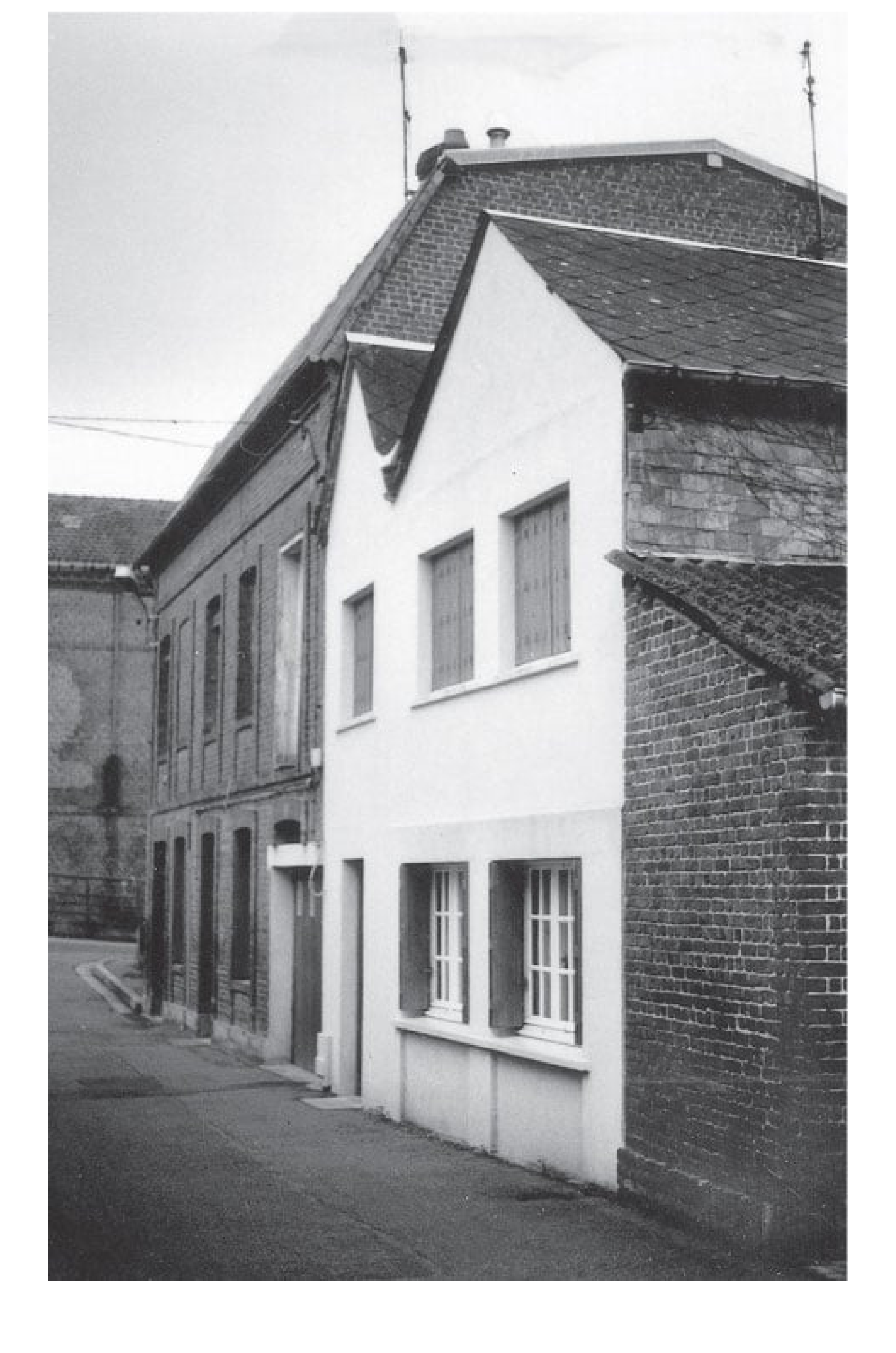
Un domingo gris, en Yvetot, vamos de paseo y ellos me sujetan de la mano, contemplo sus zapatos avanzando por la carretera pedregosa, y los míos, al lado, muy pequeños.

En esas imágenes, nunca te pienso en mi lugar. No puedo verte ahí donde me veo con ellos.

No puedo colocarte ahí donde he estado yo. Reemplazar mi existencia por la tuya. Está la muerte y está la vida. Tú o yo. Para existir, he tenido que negarte.

En 2003, en mi diario, repasando la escena del relato: «No soy *buena chica* como ella, me siento excluida. Así que no viviré en el amor, sino en la soledad y la inteligencia».

Hace varios años, pasé por Lillebonne, por el barrio de La Vallée. Volví a ver desde el exterior, en la Rué de la Tannerie, el bar-tienda donde nacimos las dos, que, según pude saber, se convirtió en los años setenta en una vivienda particular. En la fachada, con un enlucido blanco reluciente que chocaba en medio del gris de las casas vecinas —la puerta de la tienda se había convertido en ventana—, había desaparecido todo rastro del antiguo comercio. No quise ver el interior. Por mucho que supiera que la realidad no se conserva por sí misma, que hay que consolidar, repintar y volver a tapizar constantemente, temía de antemano la herida que infligen a la memoria la renovación y los muebles de otros.



Rue de la Tannerie, Lillebonne.

El verano pasado, antes incluso de pensar en ponerme a escribir esta carta, me asaltó esta vez el deseo de entrar en la casa, deseo que fue volviéndose más imperioso a medida que topaba con dificultades para dar con los ocupantes actuales, después para vencer sus reticencias, legítimas pero insoportables, a abrirme la puerta. Era como si esperase de ello una especie de revelación cuya utilidad tampoco imaginaba, posiblemente para escribir, pero en cualquier caso me parecía secundario.

Después de un intercambio de cartas y correos electrónicos, los propietarios, una pareja de cincuentones, me autorizaron a penetrar en la casa el pasado mes de abril. Era la primera vez desde 1945.

En la planta baja todo me pareció transformado, habían tirado los tabiques para hacer una sola habitación. Solo reconocí el techo, muy bajo —casi habría podido tocarlo con el brazo estirado—, y el pequeño patio a orillas del río. El retrete, el lavadero y la jaula de los conejos habían desaparecido. En el piso de arriba, me pareció que habían añadido un tabique para crear un pasillo estrecho —inexistente en mi recuerdo— entre las dos habitaciones que daban a la calle y las otras dos, que miraban al patio. La primera, a la derecha, era el dormitorio de la pareja, como en otro tiempo fue el de los padres. La cama estaba orientada igual, paralela a la ventana. Todo se correspondía, en menor escala, con mi recuerdo. Sin duda, si me hubieran llevado a ese cuarto con los ojos vendados y sin advertirme del lugar de destino, no habría sabido decir dónde me encontraba, pero, en aquella circunstancia, no me cabía ninguna duda sobre la identidad de la estancia —garantizada por la presencia de la ventana que daba al río, exactamente como en la visión que conservaba—, que no era otra que la de 1945.

Miraba la cama, intentaba sustituirla por la de los padres, ver junto a ella la camita de palo de rosa. No me habitaba ningún pensamiento concreto, solo «es aquí». Me embargaba una extraña sensación de plenitud, mezcla de sorpresa y de satisfacción sombría por encontrarme ahí, en ese lugar preciso del mundo, entre esas paredes, junto a esa ventana, por ser esa mirada que contempla la habitación donde todo comenzó para la una y la otra, primero para la una y después para la otra. Donde todo se fraguó. La habitación de la vida y la muerte bañada por la luz de ese atardecer. El lugar del enigma del azar.

En estos momentos, o veo el cuarto luminoso del pasado mes de abril, y hasta noto la molesta presencia de la propietaria a mi lado, y el calor, o me hallo en el otro, crepuscular, y me siento confusa, como una pequeña sombra tumbada entre los paneles de mi camita de bebé. El primero, donde no hay ninguna vivencia, desaparecerá por sí solo en un plazo más o menos breve, como siempre sucede en mi experiencia; de hecho, ya he olvidado el color de la colcha, los muebles. El otro es indestructible.

Peter Pan se escapó por la ventana abierta después de ver a sus padres asomándose a su cuna. Un día vuelve. Encuentra la ventana cerrada. En la cuna hay otro niño. Huye de nuevo. Nunca crecerá. En algunas versiones, entra en las casas en busca de los niños que van a morir. Sin duda tú no conocías esta historia; yo tampoco, hasta que la descubrí en clase de Inglés antes de cumplir los doce años. Nunca me gustó.

El 7 de noviembre de 1945, tres semanas después de su regreso a Yvetot, compraron una concesión en el cementerio, justo a tu lado. A él lo depositaron primero, en 1967; a ella, diecinueve años más tarde. No me enterrarán en Normandía, junto a vosotros. Nunca lo he deseado ni imaginado. La otra hija soy yo, la que escapó lejos de ellos, a otra parte.

Dentro de unos días iré a visitar las tumbas, como suelo hacer en Todos los Santos. No sé si esta vez tendré algo que decirte, si merece la pena. Si sentiré vergüenza u orgullo por haber escrito esta carta, sobre todo porque el hecho de que deseara hacerlo sigue siendo para mí un misterio. Quizá quisiera saldar una deuda imaginaria concediéndote a mi vez una existencia que tu muerte me dio a mí. O puede que quiera hacer que revivas y vuelvas a morir para así quedar en paz contigo, con tu sombra. Para liberarme de ti.

Para luchar contra la larga vida de los muertos.

Evidentemente, esta carta no te está destinada, y tú no la leerás. Son los otros, lectores tan invisibles como tú cuando escribo, quienes la recibirán. Sin embargo, un fondo de pensamiento mágico en mí querría que, de manera inconcebible, analógica, te llegara como en otro tiempo me llegó a mí, un domingo de verano —puede que fuera el mismo domingo en que Pavese se suicidaba en una habitación de Turín—, la noticia de tu existencia por un relato del que tampoco yo


era la destinataria.

TÍTULOS DE ANNIE ERNAUX EN CABARET VOLTAIRE

56. ANNIE ERNAUX *La mujer helada* 60. ANNIE ERNAUX *Memoria de chica* 63. ANNIE ERNAUX «*No he salido de mi noche*»

70. ANNIE ERNAUX *El uso de la foto* 77 ANNIE ERNAUX *Los años*

83. ANNIE ERNAUX *Una mujer*

88. ANNIE ERNAUX *Mira las luces, amor mío* 90. ANNIE ERNAUX *Perderse*

95. ANNIE ERNAUX *Los armarios vacíos* 98. ANNIE ERNAUX *La ocupación*

99. ANNIE ERNAUX *El hombre joven* 105. ANNIE ERNAUX *La escritura como un cuchillo* 107. ANNIE ERNAUX *La otra hija*